

Historia de Saviñán

El sastre de Saviñán.

F. Tobajas Gallego.

El viajero C. Bogue Luffman recorrió una parte de Aragón en 1893, cuyas peripecias narró en su libro *A vagabond in Spain*, Londres, 1895. A pie caminó las riberas del Canal Imperial, desde Tudela hasta Zaragoza, elogiando a Ramón Pignatelli, a quien hace obispo. El vagabundo visitó Zaragoza, describiendo la Seo y el Pilar, fijándose en la cúpula pintada por Goya. A pie salió de Zaragoza hacia Madrid, pero al llegar a El Frasno se topó con otro trotamundos que lo llevó a casa de un buen amigo, que era sastre de Saviñán. Bogue Luffman escribe que el sastre los recibió bien e insistió para que se quedaran a pasar la noche. Los viajeros accedieron. El sastre era «un viejo» que les enseñó, con un cierto orgullo, sus escopetas, perros, hurones y palomos. El sastre también guardaba en su casa platos antiguos de arcilla roja, tazas y cuencos esmaltados de blanco con adornos de flores, lámparas de hierro, latón y arcilla, botas de vino y viejas botellas de vidrio, madera y arcilla, que llamaron la atención del viajero.



Calle de San Ramón o «del charco», una de las calles que recorría la joven con la campanilla. Foto: Francisco Tobajas Gallego.

Bogue Luffman cuenta que entonces, cuando se compartía techo, era costumbre pagar cada uno el gasto. Por eso su amigo mandó buscar un «sou» de patatas, tomates y filetes salados de bacalao, que fue cocinado en una sartén de tres patas, con aceite de oliva, una cebolla y un manojo de hierbas. Todo aquello compuso la cena para cinco personas, que se sirvió en un gran plato rojo colocado sobre un taburete. Los comensales comieron con cucharas de madera y pan, que se iba cortando a turnos. Mientras cenaban escucharon el sonido de la «Campanilla de la Niña», una vieja tradición de Saviñán. Los paisanos narraron al vagabundo aquella vieja leyenda que se incluye en el libro. Una lejana noche de invierno un niño pequeño, cansado de juegos y cuentos, estaba sentado delante del fuego, haciendo oídos sordos al consejo de sus padres que lo mandaban a dormir a su cama. Pero el pequeño, como temía a la oscuridad, siguió adormilado cerca del fuego. Vencido por el sueño, perdió el equilibrio y cayó sobre las brasas, quemándose la cara. A causa de las lesiones, ya no recobró la vista. Al morir sus padres tuvo que hacerse mendigo, pidiendo la voluntad de puerta en puerta. Su presencia provocaba terror en los niños, pues el mendigo abría las puertas de las casas torpemente. Entonces las madres de los más pequeños se reunieron para buscar una solución. Dieron en convocar a las chicas más guapas en la plaza del pueblo y allí les pidieron que entre ellas eligieran a una chica campanilla para todo el año. Todos los días al llegar la noche, debía dejar juegos o trabajos para recorrer las calles del pueblo narrando la historia del mendigo, que causaba tanto pesar a los más pequeños. Su canción era breve, pues tenía que repetirla muchas veces hasta el anochecer: «Los niños deben irse ahora a la cama, / o sus vidas se llenarán de sufrimiento».

El vagabundo aún pudo ver a aquella chica que recorría las calles de Saviñán, tocando su campanilla de plata. Delante de ella los chicos del pueblo aún jugaban en las calles. Pero al oír su cantinela, todos marchaban a sus casas. Bogue Luffman escribió: «Ningún mortal, ningún tirano logra una calma tal como la dulce chica de la campana. (...) Su voz no cesará hasta que el mismo Saviñán no esté en silencio».

El vagabundo cuenta que a la mañana siguiente se despidió de sus «ingenuos amigos», pues presentía «que jamás volvería a ver sus caras joviales y su curioso y pequeño nido».

Hoy nadie recuerda esta vieja tradición que dejó escrita Bogue Luffman. La chica de la campana tiene una cierta semejanza con las animeras que salían todos los días a las calles de los pueblos, a eso de las seis de la tarde, pidiendo con una esquila por las almas del purgatorio. Las animeras se detenían en cada esquina, rezando en voz alta sus oraciones. El último día del mes entregaba la esquila a otra animera que lo solicitaba y así iban desfilando, una tras otra, las doce animeras del año.



Vista de Aguarón, lugar de nacimiento del Sastre de Saviñán.
Foto: Francisco Tobajas Gallego.

En el censo electoral de 1890 aparecen en Saviñán dos sastres: Luis Algarate Lafuente, de 40 años, y Teodoro Casanova Adrián, de 51 años. Creemos que los apellidos de este último están cambiados de orden, pues en el padrón de 1885 aparecen: Teodoro Adrián Casanova, de 46 años, casado con Ignacia Morlanes Ibáñez, que vivía en la calle Mayor, nº 32, Venancio Adrián Casanova, de 54 años, que estaba casado con Vicenta Serrano Delgado y vivía en la plaza, y María Adrián Casanova, de 57 años, casada con Prudencio Villalba y vecinos de la calle Mayor, nº 99. Luis Algarate casó con Manuela Sediles Lázaro, natural de El Frasno. Luis aparece citado en los Libros parroquiales como sacristán de la Señoría. En 1896 vivía en la calle Mayor, nº 28, y en 1903 en la calle del Molino. Su padre, Vicente Algarate, era natural de Mara y casó con María Santos Lafuente, de Saviñán. Luis Algarate (1850-1929) era el abuelo de María y Benito Algarate Gallego.

Como el sastre de Saviñán, según cuenta Bogue Luffman, era buen aficionado a la caza, alguien pensó que podía tratarse de Valero Herrero, padre de Araceli Herrero, que casó con Luis Ibáñez. Era sastre y vendía pescado en la calle Mayor, cerca de la calleja de San Roque. Pero Valero Herrero nació en Aguarón hacia 1885, por lo que en 1893 tendría 8 años. Su padre Valero Herrero Tejero (h.1861-1931), natural de Aguarón, debió llegar a Saviñán más tarde de 1890. No lo hemos encontrado en el padrón vecinal de 1889 y tampoco en el censo de electores de Saviñán de 1890. En el padrón de 1896 aparece viviendo en la calle de San Ramón, nº 2. Tenía 33 años y estaba casado con Miguela Gil Anadón, natural de Used, que contaba entonces 29 años. Habían casado hacia 1884 y tenían un hijo, llamado Valero, que tenía entonces 11 años. Con la familia vivía Félix García, sirviente, de 22 años. En la padrón de 1903 aparece viviendo en la «calle de la Plaza», nº 10, calle que en el padrón de 1925 se llama calle de Primo de Rivera. En 1927 Valero Herrero, viudo de 65 años, vivía en la calle de Primo de Rivera, nº 4. Murió en 1931, a los 70 años de edad. Pero también tenemos nues-

tras reservas, pues Bogue Luffman dice que en 1893 el sastre era un «viejo» y entonces Valero Herrero Tejero tendría 32 años. Su hijo, Valero Herrero Gil, debió nacer en Aguarón hacia 1885, casando antes de 1909 con Manuela Tejero Franco, de Paracuellos de la Ribera. El 1909 fue padre de Miguel, que murió al año siguiente. En 1910 fue padre de Tomás, que murió enseguida. En 1911 nació Ismael, que casó en Tudela con Carmen Acarreta. En 1913 nacieron de un parto Porfirio y Araceli, que murieron por falta de viabilidad. En 1915 nació Francisca, que casó con Joaquín Lafuente Castillo, muriendo en 1950, a los 33 años. En 1918 nació Araceli, que casaría con Luis Ibáñez, y en 1919 lo hizo Rufino, que murió al año siguiente.

En el padrón de 1911, Valero Herrero Gil, de 27 años, con su mujer Manuela Tejero, de 30 años, vivían en la calle Mayor, nº 54. En 1917 vivían en la calle Mayor, nº 69, segundo piso, con sus hijos Ismael, Francisca y Miguela. En el primer piso vivía el viudo Luis Ibáñez Lafuente, de 32 años, con sus hijos Valero, Pedro, Luis y Julián. En 1920, Valero Herrero seguía viviendo en el mismo número de la calle Mayor. En el padrón de 1932 y de 1935, la calle Mayor se dividía en dos partes, la alta y la baja. En ambos, Valero Herrero aparece viviendo en la calle Mayor alta, nº 4, con sus hijos Ismael, Francisca, Miguela y Araceli. Cuando se fundó la Banda de Música Santa Cecilia de Saviñán en 1925, era alcalde del pueblo Valero Herrero, sastre.



Iglesia de Aguarón. Foto: F. Tobajas Gallego.